

EL PORVENIR DEL OBRERO

El Congreso del Ferrol

Imposibilitados de asistir personalmente al mismo, hemos nombrado para que nos represente a nuestro colaborador y antiguo compañero Juan Montseny, más conocido por su pseudónimo de «Federico Urales».

A nadie se puede ocultar la extraordinaria importancia de un Congreso obrero internacional en estos momentos de crisis europea que habrá de resolverse por un cambio completo del modo de ser social, correspondiendo a los obreros organizados el recoger la herencia del mundo que muere y transformarla en base de una vida mejor para todos.

Es necesario que el proletariado de todas las naciones, y especialmente de las neutrales, se haga cargo de la trascendencia del actual momento histórico y de la importancia decisiva de su acción.

Es necesario que los trabajadores que se sientan con capacidad suficiente para intervenir con eficacia en la solución satisfactoria del actual conflicto no pierdan el tiempo en las discusiones de los antiguos partidos, ni se dejen dominar por rencores sectarios.

Es necesario que procuremos unirnos todos para imponer la paz en el momento oportuno, y no en beneficio de imperios o repúblicas, sino para asegurar la paz y el bienestar de los trabajadores de todos los países.

Para ello hemos de evitar los peligros que señala el compañero V. García en otro lugar de este número.

Hemos de evitar a todo trance que nuestra acción irreflexiva e inoportuna nos convierta en traidores a la causa de la libertad y en servidores del peor enemigo de la dignidad de los pueblos.

Si los delegados reunidos en el Ferrol aciertan a discurrir con serenidad y logran asentar sobre bases sólidas de solidaridad y de compañerismo la acción futura de la clase obrera internacional en consecuencia de la bancarrota de la civilización burguesa, merecerán los plácemes de todos y la gratitud de las futuras generaciones.

Dos principios

Dos tácticas

Cuantos hayan leído con atención los escritos de Kropotkin, no de ahora, sino desde hace muchos años, habrán podido ver la gran importancia que concedió siempre al triunfo prusiano de 1870, en el sentido de haberse suspendido en consecuencia la actividad revolucionaria en el occidente de Europa.

OBRA NUEVA

Dr. JULIO CARRET

Demostración de la inexistencia de Dios

TRADUCCIÓN DE J. PRAT

Acaba de publicarse esta obra, tercer volumen de la **Biblioteca de Divulgación**, impresa esmeradamente en buen papel.

Véndese al precio de una peseta.

Los pedidos han de ir acompañados de su importe a las siguientes direcciones:

En MAHÓN (Islas Baleares).—Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, Tipografía Mahonesa, calle Nueva.

Depósito en BARCELONA:—«Librería de Luís Millá», calle de San Pablo, n.º 21. El franqueo para cualquier punto de España corre de cuenta de los editores; pero si se desea recibir el paquete certificado, hay que añadir 25 céntimos.

Tomando de 3 ejemplares en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

Alegráronse muchos revolucionarios por la caída del imperio de Napoleón III; pero no pudieron ver con gusto la fundación del imperio germánico, bajo la hegemonía prusiana.

Siempre fueron los reyes de Prusia enemigos despiadados de todas las libertades populares, tanto que los absolutistas españoles en ellos confiaban, como en los emperadores de Austria y Rusia, que formaban las *Potencias del Norte*, con cuya intervención amenazaban constantemente a los liberales.

No modificaron sus instintos despóticos los reyes prusianos al convertirse en emperadores de Alemania; por el contrario, empeoraron, aumentando su orgullo, y prevaleció la política antimocrática de Bismark, que pretendía sofocar las ideas emancipadoras, no sólo en su país, sino en todo el mundo; viniendo a ser el imperio alemán el más formidable baluarte reaccionario.

Pero su acción directa no hubiera sido tan temible como la necesidad que impuso a todas las naciones de aumentar en progresión vertiginosa sus armamentos y distraer para su defensa todas las fuerzas materiales e intelectuales que hubieran necesitado para el arreglo beneficioso de las cuestiones interiores.

Bajo la constante amenaza de una agresión alemana y teniendo que sufrir las provocaciones diarias del partido pangermanista, Europa no ha podido vivir la tranquila vida del trabajo y del progreso, puesto que ha tenido la obligación perentoria de pensar en su defensa, dedicando a ella su inteligencia, sus riquezas y toda su actividad.

Los ancianos, como Kropotkin, que han conocido el espíritu revolucionario del periodo anterior y luego han visto su decadencia, no pueden menos de señalarnos el peligro de un nuevo triunfo del imperio militarista, cuyas conse-

cuencias no han procurado imaginar los que defienden una neutralidad hostil a las naciones liberales.

Algunos que se dicen anarquistas piensan, como los tres infusorios de Bartrina, que nada existe fuera de la gota de agua en que ellos se mueven.

Las luchas gloriosas y penosísimas de nuestros antepasados por la libertad, las ignoran o no les interesan.

Lo que pueda haber de bueno en las personas e ideas de las agrupaciones afines, lo desconocen o lo desprecian.

Creen haber venido al mundo por generación espontánea y aprendieron a ser superhombres en los retóricos de la decadencia de la filosofía alemana.

En realidad no son discípulos de Kropotkin, ni de Reclus, sino de Nietzsche y Schopenhauer.

Por esto prescinden de la historia y de las consecuencias que la guerra pueda tener para la generación presente y para los futuros destinos de la humanidad.

Ellos sólo piensan en sus dogmas cerrados, en sus personales rencores, en las discusiones que han tenido con los afines.

Desean la humillación de la idea republicana en Francia, puesto que ellos se dicen antirrepublicanos, no importándoles el que para ello habrían de triunfar quienes utilizarían su inmenso poderío, no solamente contra la república francesa, sino contra todas las ideas de libertad en el mundo.

De igual manera en las cuestiones locales cooperaron siempre a la derrota de Lerroux y de todos los republicanos y socialistas, porque con ellos habían discutido, más o menos agríamente, y no les importaba que por consecuencia de su actitud prevaleciesen Maura y los jesuitas que le aconsejaban las torturas y fusilamientos.

Nosotros no podemos pensar ni

obrar de igual manera, porque partimos de principios muy diferentes.

Proceden ellos del individualismo nietzscheano. Nosotros, por el contrario, creemos en la solidaridad y en el apoyo mutuo y nos sentimos parte de la humanidad progresiva, que ha de llegar a formar una sola familia, no por odios y violencias, sino por la tolerancia y el amor.

Los afines, no son nuestros enemigos más odiados, sino nuestros hermanos con quienes muchas convicciones y cordiales sentimientos nos unen y muy poco nos separa.

La buena labor no consiste en ahondar las diferencias, sino en procurar la mayor armonía posible, concertándonos para los fines comunes siempre que las circunstancias lo permitan.

Nos consideramos hijos legítimos de los revolucionarios franceses, de los liberales que lucharon contra los carlistas, de los garibaldinos que derribaron el poder de los papas, de cuantos han luchado por la emancipación de los pueblos en todos los tiempos y en todos los climas.

Nuestro enemigo único irreconciliable es el poder despótico en todas sus formas, y todos los que contra él luchan son nuestros hermanos, lo mismo los alemanes atropellados por el imperialismo de su país, que los belgas asesinados por los obedientes soldados del Kaiser.

Como todos los que saben elevar su mirada por encima de las pequeñas rencillas sectarias, en esta guerra vemos el principio de la libertad representado por los pueblos inglés y francés, contra el principio autoritario cuya más elevada representación ostentan los emperadores de Alemania, de Austria y de Turquía.

Si estos vencieran, las consecuencias para la libertad de todos los pueblos serían mucho más graves que las de la victoria prusiana de 1870-71; Kropotkin lo ha expresado con toda claridad y se necesita estar ciego para no verlo.

Si nuestra conducta, personal o colectiva, pudiese tener alguna influencia en el resultado de la contienda armada y, directa o indirectamente, contribuyese al triunfo de los imperios militaristas, nos avergonzaríamos de haber hecho traición a las ideas emancipadoras. Medítenlo bien aquellos compañeros que, por obcecación o ligereza, en tal error incurren.

Lucifero.

La religión es el opio del proletario.

C. Marx.

Sobre el Congreso Internacional DEL FERROL

Veo que parte de la Prensa obrera española sigue considerando partidarios de la guerra a cuantos no estimamos igualmente culpables de la que estamos sufriendo a todos los Estados en lucha y a cuantos creemos que Francia y las naciones a ella aliadas, están más cerca que Alemania y las naciones que la secundan, del ideal que a través del tiempo sigue la Humanidad; ideal de emancipación política, ideal de emancipación económica, ideal de emancipación religiosa y de emancipación moral también. Hemos pues, de seguir afirmando que también nosotros deseamos la paz y que por desearla y ver si se puede obtener, los que piensan como el que firma estas líneas, tendrán representación en el Congreso del Ferrol.

Los que simpatizamos con los aliados, los que de haber vencidos desearíamos que los aliados fuesen los vencedores, sumergimos toda nuestra memoria y todo nuestro criterio y todo nuestro amor en el Ideal y en la Historia, y el Ideal, con sus anhelos, y la Historia, con sus revoluciones, nos dicen a qué lado está la cantidad mayor de ideas afines a las nuestras y a qué lado está la mayor cantidad de sentimientos semejantes a los que nosotros sentimos y, por consiguiente, nos señalan el lado a que ha de inclinarse nuestra voluntad.

Y si, sin mentar hechos pasados, mentáramos solamente los presentes, ellos nos dirían que las escuadras aliadas no han bombardeado ningún puerto indefenso habitado por gente desarmada, y que la escuadra alemana sí los ha bombardeado. Que los aeroplanos de los aliados no han arrojado bombas sobre ninguna ciudad sin combatientes y que sí las han arrojado los dirigibles alemanes. Que los aliados han procurado salvar y han salvado a los propios tripulantes y marinería de guerra de los barcos alemanes que ellos han echado a pique, y que los alemanes han abandonado a su suerte a los naufragos de los buques por ellos destruidos. Que los aliados no han torpedeado ni cañoneado ningún buque mercante de nación neutral ni de nación en guerra, y que los submarinos alemanes torpedean, hasta destrozarnos, los buques mercantes de las naciones neutrales y cuyo pasaje, compuesto, algunas veces, de mujeres y de niños, se ha ido al fondo del mar en medio de las risotadas de los marineros alemanes, que se gozan desde la cubierta de sus submarinos, viendo la lucha y la agonía de sus propias víctimas...

Si esto no tuviera el odio, la maldición y la ira de los hombres medianamente humanizados, ¿qué sanción moral tendrían tamañas ofensas a la Humanidad? Si la doctrina que yo sustenté me obligase a condenar a igual pena a los que, en medio de la lucha bárbara, recuerdan que son el animal más perfecto de la Naturaleza, que a los que, en igual condición de lucha bárbara, no se distinguen de las fieras, yo maldeciría mi doctrina; yo no quisiera honrar, con mi apoyo, doctrina tan recta y tan injusta. Felizmente el

ideal mío, mi querido ideal, que jamás me ha abandonado y que con él he vencido dentro y fuera de mí, se inclina siempre hacia los mejores, aunque, no obstante ser mejores, disten mucho de ser perfectos.

Además, recientemente, dos personajes, uno francés y otro alemán, han hecho manifestaciones públicas contra la guerra. ¿Qué sanción han merecido de sus respectivos gobiernos? Liebknecht, diputado socialista alemán, ha sido amonestado e incorporado a las filas, enviándosele inmediatamente a la línea de fuego de Lorena. ¡Piense el lector para qué lo habrá sido! A Sebastián Faure, gran orador de ideas anarquistas, el gobierno francés le ha llamado para rogarle que retirara su manifiesto pacifista, por razones pacifistas precisamente, que el mismo Faure expondrá, ante los trabajadores y los revolucionarios internacionales, que han de reunirse en el Ferrol.

¿No merece este diferente proceder una distinción de simpatía? ¿Es que en la vida individual obtienen la misma consideración unos hombres que otros? No, quien mejor se porta, mayor estimación recibe. Pues en la vida nacional, mientras existan naciones, quien mejor obré mayores simpatías ha de recibir. He aquí otro de los motivos por qué siendo partidarios de la paz y siendo cosmopolitas deseamos el triunfo de los aliados. Tampoco somos partidarios de las elecciones y vemos con simpatía el triunfo electoral de los republicanos sobre los monárquicos. Tampoco somos partidarios del parlamentarismo y si mañana en el Parlamento tuvieran una discusión Maura y Pablo Iglesias quisiéramos que Maura saliera peor librado que Iglesias. ¿Por qué? Pues porque, idealmente, Pablo Iglesias y los republicanos están más cerca de nosotros que Maura y los monárquicos. El fenómeno se produce inconscientemente y es una realidad en el criterio de casi todos los republicanos, los socialistas y los anarquistas españoles.

Así pues, los que piensan como el que firma estas líneas irán al Congreso del Ferrol a condenar toda guerra, a maldecir toda guerra, a declarar guerra a la guerra, a poner la primera piedra de la paz universal, como principio fundamental de su doctrina, pero se opondrán a toda proposición que tenga por objeto atar los brazos de los aliados y tenga por consecuencia la prolongación de la guerra. Tal resultaría, a nuestro entender, si se declarase la huelga general en las construcciones de material de guerra, en los transportes de útiles de guerra y de víveres para las naciones en lucha. La medida hubiera sido oportuna antes de la guerra o al principio de ella; hoy, lo repetimos, sería atar los brazos a los aliados y por consiguiente, con el pretexto, y quizá con el buen deseo, de buscar la paz, en algunos el buen deseo y en otros el pretexto, no haríamos más que prolongar la guerra, para dar, al fin, la victoria a los alemanes.

Cojer de los brazos a uno de dos que riñen, no es establecer la paz entre ellos; es dar la victoria al que queda libre. La huelga general en Alemania, en Aus-

tria y en Turquía no produciría efecto alguno, porque nadie la secundaría. En cambio, la huelga general en los países neutrales y en las naciones aliadas, produciría grandes perturbaciones, aunque sólo la secundaran una cuarta parte de los trabajadores. Y los obreros, amigos del progreso, pondrían en inferioridad a las naciones que más progreso representan. He aquí como sin establecer la paz ni poderla imponer, prolongaríamos la guerra en perjuicio de aquellas naciones que han ido a ella a la fuerza, que hacen la guerra más humanamente y que tienen dentro de su vida nacional mayor cultura, mayor civilización, mayor progreso moral, mayor libertad, mayor justicia y una ciudadanía y una individualidad más consciente y vigorosa.

Los que piensan como el que firma estas líneas irán al Congreso Internacional del Ferrol para condenar la guerra, para condenar la invasión y la devastación de Bélgica, para protestar de la destrucción de los barcos mercantes, para oponerse a toda medida que no perjudique por igual a las naciones en guerra y para afirmar nuestras simpatías por los aliados, creyendo que otra cosa sería hacer el juego a la reacción internacional, al militarismo prusiano y a los Estados que no tienen más ideal que la conquista armada y el dominio del mundo.

Federico Urales.

Contra la barbarie

Ante la violación brutal de la neutralidad belga; ante la agresión que demostraba que estaba reservada a Francia análoga suerte, no había más que una sola actitud posible: defenderse; y los partidarios más resueltos de la paz, como el resto de las gentes, lo han comprendido así.

En tanto que el militarismo prusiano y el imperialismo alemán estén en pie, no habrá paz posible para Europa; ni habrá para la humanidad probabilidades de evolucionar en paz, libremente, hacia un mejoramiento intelectual material.

Pero, cuando para responder a los absurdos de los titulados intelectuales alemanes, vemos a otros no menos titulados intelectuales franceses—entre los que figuran académicos como Barrés, St-Saens, Bazin, Capus—, replicar con estupideces igualmente absurdas, proclamando que el único medio de tener paz está en aplastar, en humillar al pueblo alemán, que no es más que un atajo de brutos, al que es preciso hundir lo bastante para que le sea imposible rehacerse en mucho tiempo, entonces afirmamos que esos señores dicen monstruosidades. Ibamos a decir que tales manifestaciones son propias de salvajes; pero sería calumniar a éstos, que obran siempre por cuenta propia y no empujan a los demás mientras ellos permanecen tranquilos al amor de su lumbre.

No se aplasta a un pueblo de 70.000.000 de habitantes como si fuera una camada de conejos. No se aplasta ni se humilla a un pueblo que tiene vitalidad—y no puede negarse que el pueblo alemán la tiene muy fuerte—, sin dejarle en el corazón sedimentos de cólera, firmes deseos de revancha, que prometerían una paz de corta duración.

Los políticos como Delcassé nos hablan de imponer a los alemanes una aplastante indemnización de guerra (lo que, por lo demás, harían con nosotros ellos si fuesen vencedores), de prolongar la frontera fran-

cesa más allá del Rhin, de adjudicar tal trozo de territorio a tal país, tal otro trozo a tal otro pueblo, etc.; siempre lo que los alemanes soñaban realizar contra nosotros.

¿No tenemos más medios de mostrarnos superiores a ellos sino imitarlos en lo que les reprochamos haber hecho o querido hacer?

¡Estos políticos han olvidado el ejemplo de Alsacia-Lorena, que fué siempre rebelde a la germanización! Estos políticos ciegos olvidan que, en 1871, Prusia creyó haber aplastado a Francia bajo una contribución de guerra formidable para la época y arrebatándole dos provincias e imponiéndole un tratado de comercio draconiano.

Y, sin embargo, al cabo de cuarenta y cuatro años, he aquí a Francia en trance de rasgar aquel tratado y en situación, muy pronto, de dictar condiciones a su vencedor. Esto ha exigido 44 años de armamentos insensatos y que se arebatase cada año, al trabajo productivo, el elemento joven; ha exigido, cada año también, el despilfarro de centenares de millones para construir armas mortíferas y de destrucción, en vez de emplearlos en un trabajo social útil. ¿Para llegar a qué? Al asesinato de centenas de millares y quizá de millones de hombres; a causar inútiles e inválidos; a sembrar la ruina y la desolación entre los pueblos; a permitir a los Delcassé representar el papel de los Napoleón (de salón) o de los Talleyrand, que les consiente prepararnos un nuevo periodo de paz armada que nos aboque a nuevas matanzas.

¡Y ya es demasiado todo eso!

Si la guerra fué hecha inevitable por la megalomanía de una casta de hidalgos pelones, supervivencia de la edad media, y por las intrigas de una diplomacia que ha buscado siempre la solución de los conflictos en complicaciones de invención suya que no lograron más que aplazar la lucha, es tiempo de que quienes pagan con su pellejo y con su dinero hagan oír sus voces; que proclamen que hay para la humanidad un ideal más puro que el de enriquecer fabricantes de cañones o abastecedores militares; un ideal más alto que pasar el tiempo en preparar la matanza cuando se acaba de hacer una carnicería.

En Alemania, como entre nosotros, hay brutos que creen glorificar a su país oprimiendo a los demás; pero hay, sobre todo, padres de familia, comerciantes, industriales, trabajadores, mujeres y niños que no piden sino vivir tranquilos y trabajar en paz.

Tienen en este momento, como nosotros, hombres que se batían creyendo defender su hogar, sus mujeres, sus hijos, porque les han hecho creer que Europa se había ligado para sojuzgarlos, para diezmarlos; y las declamaciones feroces de nuestros patriotas patentados no son de una naturaleza que les pruebe lo contrario.

Se trata por nuestra parte de desengañarlos, de traerlos a una comprensión más clara de las cosas, de hacerles reconocer de qué lado están sus enemigos reales.

Los que se batían cumplen con su deber defendiendo el porvenir de la humanidad contra el imperialismo alemán. El deber de los no combatientes estriba en impedir que ese militarismo y ese imperialismo que se intenta aplastar en Alemania hallen refugio entre los vencedores. Es necesario preparar la opinión pública a fin de que, cuando el enemigo esté derribado, sea ella bastante consciente para resistir los apetitos que van a hacer su aparición, interponiéndose al objeto de que la paz que se firme sea el punto de partida de una verdadera inteligencia entre todos los pueblos—incluso el pueblo alemán—y no el germen de nuevas minas, destinadas a explotar tarde o temprano.

Juan Grave.

LA PROVIDENCIA

La del alba sería

cuando un viejo baturro dirigía las yuntas al trabajo,

marchando por el Ebro río abajo.

El baturro, imprudente, sin mirar que era brava la corriente y muy pocas sus fuerzas corporales, quiso saltar por unos barrizales.

La faja se arregló, tomó carrera y dijo, con fervor, de esta manera:

—¡Ayúdame, Dios mío!

pero al ir a saltar se cayó al río.

El auxilio divino reclamaba

y ya pensó el baturro que se ahogaba, cuando, por coincidencias misteriosas, tendió una zarza sus hebras espinosas.

Se asió de tal manera

que ganó la ribera

y, repuesto del susto, así exclamaba mientras junto a la zarza se postraba:

—*Gracias ¡oh zarza! a ti debo la vida, que la intención de Dios fué conocida.*

J. Pons.

El Congreso del Ferrol

Enemigo de toda violencia, cuantos trabajen por la paz merecerán mis simpatías, sean cuales sean, obreros o burgueses, anarquistas, socialistas, republicanos o monárquicos.

Poner fin a la matanza es un deseo noble; y que no se repita más es una labor que nos interesa a los amantes de una sociedad fraternal y libre, y a los trabajadores especialmente. Como esta intención y aspiración anima a los organizadores, con ellos están mis simpatías; pero por lo horrorosa que es la catástrofe que lo motiva, debería dársele la fuerza necesaria para paralizar el mal, para enterrarlo.

Pero creo que la indignación que la barbarie ha producido en los iniciadores los ha turbado un tanto y el corazón irreflexivo los ha llevado a sitios que exigían antes de ocuparlos, sañarlos.

Como la idea es noble, como no puedo dudar de la buena fé que anima a los organizadores, he puesto de mi parte cuanto he podido para que adquiriera la mayor importancia.

Pero esto no impedirá reconocer que las cosas podían hacerse mejor, dando a la reflexión algo de lo que sobra al corazón.

La conveniencia general tenida en cuenta, reprimiría más de una vez la libertad mal aprovechada. Claro que de acuerdo con el ideal no podemos regatear a nadie su libertad, ni ponerla límites, pero como seres que sufrimos como el que más ciertas situaciones y que sentimos ciertas posiciones en que se nos puede colocar, podemos y hasta debemos anotar los que consideremos defectos, para que puedan ser subsanados en venideros tiempos, porque si la libertad del hombre debe ser ilimitada, como la de una colectividad, los fracasos, moralmente al menos, alcanzan a más que a un hombre o a un grupo.

Por esto los organismos progresivos de diversas naciones no pueden estar a merced de un individuo o grupo. Desde que la guerra empezó se han celebrado varios congresos socialistas y obreros por la paz. En Cristianía, si mal no recuerdo, en Londres y ahora

en Ferrol. Aquellos resultaron un congreso más y mucho tememos que no resulte el del Ferrol, o que tenga la desgracia de hacernos salir de nuestra neutralidad.

Porque una huelga general, si a ella pudiera llegarse, de no ser general en las naciones en lucha serviría sólo a dar el triunfo a la que no secundase, a la traidora, y nosotros seríamos los auxiliares de los más enemigos, de los que no secundasen nuestros acuerdos, de los traidores.

Por más que esto de hablar de huelga general y mundial, nada menos, resulta bastante desigual con la seriedad que deben observar en el hablar como en el obrar los anarquistas. Porque hasta la fecha sólo se ha llegado a organizar una nacional de un solo oficio, la de carboneros ingleses en 1912; las demás intentadas no han pasado de la categoría de locales o de algunas localidades. No es que por no haberse podido antes no se pueda ahora o se podrá mañana; pero francamente sentiría que ella torciera la balanza, porque no cabe duda que sería en detrimento de los más dignos.

La insurrección de las fuerzas en lucha sería acaso más factible, porque están cansadas de su obra, pero como en el caso anterior debería realizarse de ambas partes, de lo contrario equivaldría a dar el triunfo a los obedientes imbéciles.

De las naciones en lucha si acuden delegados se cuidarán muy bien de no cargar con ciertas responsabilidades.

Desde luego la Paz no se pretenderá imponer por la Revolución social. Luego, como no se quiere con vencedores ni vencidos, precisarán negociaciones para arreglar las diferencias. ¿Intervendrán los anarquistas en estas negociaciones? ¿Presentarán condiciones? Si así fuera ¿podríamos criticar a los que colaboran con el enemigo en los Parlamentos? ¿No quedaríamos tan bajos como creemos han descendido los que han corrido a defender una patria?

He aquí lo que puede resultar el tema 1.º, si cegados por el odio a la matanza no disponemos de la suficiente serenidad de reflexión.

En cuanto al tema 2.º es bien difícil; es más, es negativo querer dar al movimiento progresivo una orientación común. El fracaso del llamado socialismo ha consistido precisamente en querer reglamentar la Revolución Social. La táctica uniforme es negativa con las aspiraciones libres. Cada día se presenta un hecho nuevo, un fenómeno a estudiar; cada acto tiene una psicología propia, cada pueblo y hasta cada individuo un temperamento diferente, diferente educación, gustos, concepciones. Es precisamente en la variedad que encuentran campo todas las energías y capacidades.

En cuanto al desarme general, es un bello sueño. Es la fuerza armada el sostén de esta sociedad inicua; sin ella se derrumbaría y jamás consentirá tal desarme. Ante su gran peso, las naciones aceptarían una limitación de las fuerzas armadas. Acaso accederían a suprimir el soldado, pero aumentarían la guardia civil o crearían otro cuerpo. Total igual.

El desarme general se efectuará al

derrumbar la sociedad burguesa y autoritaria.

Pero si con relación a la terminación de la guerra el Congreso no hará nada, porque carecerá de fuerzas para ello, en cambio puede resultar de él una obra importantísima para el porvenir de las luchas obreras. Puede crear lazos de simpatía entre varias tendencias del proletariado que den a sus luchas con el explotador una doble fuerza.

Si esta simpatía se crea, podemos estar satisfechos del resultado del Congreso. Que así sea, es mi anhelo.

**

En un próximo, explicaré por qué vine a Inglaterra y no fui ni a España ni Alemania y tengo la confianza que todos se darán por satisfechos.

V. García.

La industria del calzado

La crisis motivada por la paralización del comercio con América, por la dificultad de los giros y por la imprevisión de nuestros industriales, parecía resuelta con las contratas que se habían presentado de muchos miles de pares de calzado para el ejército francés. Habría trabajo para todos. Los operarios, aunque a costa de muy duro trabajo, podrían ganar un mediano jornal; los patronos podrían sacar buenos réditos de sus capitales.

Pero he ahí que otra vez todos esos castillos en el aire están a punto de derrumbarse. El cántaro de la lechera amenaza romperse en pedazos.

Nuestros fabricantes, que tanto desacreditaron el calzado menorquín en Cuba, sustituyendo la suela por cartón, ahora parece que han intentado algo parecido, pero les ha salido la criada respondona.

Ese vicio de las falsificaciones parece que es muy frecuente en la burguesía española, tan católicamente educada.

Por semejante sistema se desacreditaron la pulpa de albaricóque de Mallorca, las pasas de Málaga, las aceitunas de Sevilla, etcétera. Todos muy religiosos, pero la buena fé industrial y comercial no parece.

Los fabricantes de calzado por regla general, no saben hacer otra cuenta que la de rebajar el precio de la mano de obra y la calidad de los materiales.

Por la competencia ruinosa que se hacen unos a otros, incapaces de concertarse, aceptan pedidos a precios inverosímiles, contando con que los operarios se resignarán a trabajar para morir de hambre y con la progresiva falsificación de la piel y de la suela.

Mucho de esto ha ocurrido con el calzado para los franceses; creyeron los fabricantes que en las contratas con los gobiernos todo pasa y todo se acepta, y se han equivocado. Su experiencia les ha fallado al atravesar la frontera.

Es muy triste que la industria de que viven muchas familias haya de estar en manos de capitalistas ineptos e inmorales, así como las tierras se hallan en poder de propietarios que juegan al bacarrat en el casino, en vez de procurar la aplicación de los adelantos científicos al mejoramiento general.

La burguesía carece de las condiciones intelectuales y morales que serían

La voz de Grave, como la de S. Faure, adelantándose a los acontecimientos, nos señalan un camino y comienzan una propaganda que habremos de emprender con ardimiento, dentro de poco.

Si por desgracia el partido pangermanista, preparador y provocador de la guerra, lograra que el triunfo militar coronase sus ambiciones, entonces de nada valdría cuanto hemos escrito y trabajado los partidarios de la libertad y de la dignidad del hombre. Una negra noche, semejante a la que cubrió el mundo después de la caída del imperio romano, vendría sobre nosotros, nuestra raza se vería humillada, nuestro pensamiento sería olvidado y nuestro modo de sentir la vida no sería comprendido. El mundo que queremos transformar en un jardín, se convertiría en un cuartel; y las ideas de libertad e independencia renacerían más tarde, cuando nosotros ya no existiríamos.

Por el contrario, si el militarismo imperialista es vencido, en cuanto se inicie su derrota y le veamos perder terreno, tendremos el deber de no permitir que el espíritu reaccionario francés emprenda una obra funesta de destrucción y asesinato sobre el terreno enemigo, en represalia por los males que en Francia y Bélgica hayan cometido los alemanes.

Muy criminales han sido estos, obediendo las instigaciones de sus jefes y de todo el partido pangermanista; pero no deben imitarles los soldados de la Francia revolucionaria.

Los trabajadores alemanes son nuestros hermanos, muchos de ellos comparten nuestras ideas y sentimientos; ellos han sido las primeras víctimas del militarismo desenfadado que ha venido amargando la vida de los hombres libres en todo el territorio imperial.

Ellos y nosotros debemos luchar juntos contra los poderes regresivos que aquí, lo mismo que allá, han procurado la enemistad de los pueblos y han preparado la guerra desastrosa que ha llenado de horror nuestro siglo.

Si vence la Francia, no ha de ser para beneficio de los reaccionarios, que entronizarían un militarismo insostenible para el pueblo y que volverían a preparar nuevas guerras; el triunfo de Francia ha de ser el triunfo del pueblo francés, del pueblo revolucionario que proclamó los derechos del hombre y que todavía marcha, como ha dicho Kropotkin, en la vanguardia de la revolución social.

Para esto interesa que todos contribuyamos en la medida de nuestras fuerzas a la liberación del pueblo alemán, consecuencia de la derrota del ejército imperial: y luego a la fraternización de todos los pueblos de la tierra, beligerantes y neutrales, para restablecer la Asociación Internacional que haga imposibles, no solamente las guerras, sino también los gobiernos enemigos del pueblo y preparadores de las guerras.

Que se acaben para siempre los odios entre los pueblos; que se acabe para siempre la explotación del hombre por el hombre; que reinen para siempre, no escritas en las constituciones de los estados, sino grabadas en los corazones y efectivas en la realidad de la vida, la libertad, la igualdad y la fraternidad, en su sentido más elevado.

